CADA OBRA UNA ENTREGA.
ENTREGAS 7.ª Y 8.ª

MUSEO DRAMATICO ILUSTRADO.

CADA ENTREGA UN REAL.
UNA Ó DOS SEMANALES.

EL UNO PARA EL OTRO,

JUGUETE EN UN ACTO ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR

P. LOPEZ FORTUN.

PERSONAJES.

JUAN ANTONIO, (30 años.) | ADELA, (18 años.

(La escena pasa cerca de Torelló, en Cataluña.)

(Este arreglo es propiedad de los editores.)

ACTO ÚNICO.

El teatro figura un bosquecillo, en cuyo fondo se verá un riachuelo: sobre este un puente de estacas. A cada lado una colina cubierta de verdura.

ESCENA PRIMERA.

JUAN ANTONIO.

(*Aparece por la derecha del puente, con una caña de pescar al hombro y un cesto en la mano. Se detiene como indeciso en medio del puente, y por último se resuelve á sentarse á la izquierda.*) Qué diantre, no puedo resistir á la tentacion. (*Pone el cesto en el suelo.*) Encendamos primero un cigarrito, elemento esencial para un pescador... de caña. ¡Y que es de la Vuelta de abajo! (*Enciende el cigarro.*) Esto es vivir, digan lo que quieran los lechuguinos de las ciudades. Es verdad que el pescar con caña es un oficio de... ¡Qué me importa! ¡Ea! preparémonos. (*Coloca los anzuelos en el estremo del hilo.*) ¡Pobre madre mia! Ayer tarde me dijo: «Juan Antonio, los años se me echan encima, y es preciso que pienses en casarte. He encontrado un escelente partido para tí: una linda muchacha que vive en Torelló, á legua y media de aquí. Ayer vino su padre á Manlleu, y quedamos conformes; solo que el buen hombre desea verte antes, como es muy natural. Mañana tempranito te presentas en su casa... Te muestras fino, amable, y... En fin, tratas de agradarle tanto como sea posible.» Así pues, me he levantado con estrellas, equipándome para la pesca, y pian, pian, héme aquí ya á la entrada de Torelló, en las deliciosas márgenes del Ter. Pero como aun no son las cinco de la mañana, y no creo que sea esta la hora mas adecuada para pedir á un chica en matrimonio, empezaré por pescar unas cuantas truchas para mi almuerzo... ¡Con tal que piquen! (*Tira carnada al rio.*) ¡Pobre madre mia! Si supiese el plan que he combinado para no casarme... Eso de cogerle á uno

así, tan desprevenido, tan... (*Tiende la caña.*) Vamos, me da horror el matrimonio... ¡Diantre! pican antes que el cebo haya llegado al agua! Esto promete. (*Se oyen los ladridos de un perro.*) ¡Malos diablos carguen contigo! Esto me faltaba para completar la fiesta. (*Al perro.*) ¿Quieres largarte, animal?... (*El perro ladra mas fuerte.*) Sí, ya escampa. ¡Maldito perro!... Vete á acostar. (*Continúan los ladridos.*) ¡Ah! ¿no quieres callarte? (*Le tira una piedra, y el perro ladra con mas furia.*)

ESCENA II.

JUAN ANTONIO *y* ADELA, *con una caña de pescar.*

ADELA. (*Al perro.*) Vamos, Turco, ¿á qué viene tanto alboroto?

JUAN. (*Adela.*) Es lo que yo le decia: «A qué tanto alboroto?» Me estaba espantando la pesca.

ADELA. Largo, Turco.

JUAN. Gracias, señora ó señorita... Cuente V. con mi agradecimiento.

ADELA. (*Friamente.*) ¡Oh! no vale la pena. (*Se dirige hácia el puente, lo atraviesa y desaparece un instante por la izquierda.*)

JUAN. (*Siguiéndola.*) Perdone V., y reconózcame por su mas atento y seguro servidor, que sus piés besa.. (*Aparte, viendo desaparecer á Adela.*) Creo que no me ha escuchado... Pues es encantadora esta señora... ó señorita porque uno no puede saber... Lo que no es muy afable, que digamos. (*Vuelve á prepararse para pescar.*) Al darle las gracias, se me escapa con su caña en la mano sin decir esta boca es mia... ¿Si será el ada del Ter? No; aquella caña es un poco mayúscula para que pueda pasar por varita mágica. (*Llega Adela por la otra orilla del rio y se sienta en la colina.*)

ADELA. Aquí. Descansemos, y continuemos la lectura de esta novela. (*Lee en alta voz.*) «No pudiendo soportar Anita la idea de abandonar á su familia para unirse á un desconocido, resolvió no ser ingrata con sus padres, que la habian educado, ni desgraciada con un esposo que no habia sido el objeto de sus sueños. Entonces se dirigió al borde del estanque, como Ofelia, se miró en las tranquilas aguas, y no tardó en...» (*Tirando el libro.*) ¡Ahogarse por eso!... ¡Qué novela mas inverosímil!... No quiero continuarla ya. Pesquemos, que es mas divertido. (*Toma la caña y se pone á pescar.*)

JUAN. ¡Hola! ¡tambien va á pescar! Con tal de que no me pesque á mí...

ADELA. (*Tarareando.*) A la orilla del Ebro,
niña te ví...

JUAN. ¡Eh!... ¡Chist!... Permítame V., señora... ó señorita, pues uno no puede saber... Cuando se pesca, no debe cantarse, porque se espantan los peces.

ADELA. Está V. en un error. Los peces no son insensibles á los encantos de la melodía.

JUAN. Si no me hubiera V. libertado de su perro, le diria que... que se equivoca.

ADELA. ¡Cómo!

JUAN. Y si me atreviese á emitir mi opinion personal, diria á V. que no creo que á los peces les gusten Rosini ni Donizetti. Si fuese á las sirenas...

ADELA. Está bien; si le incomoda á V., no cantaré mas.

JUAN. Como hombre lo siento, pero como pescador le doy á V. las gracias.

ADELA. (*Aparte.*) Al menos es atento.

JUAN. (*Aparte.*) Es obediente. Buena cualidad. (*Alto, despues de una pausa.*) Señora ó señorita, porque ignoro.. Hace un instante hablaba V. de las sirenas. Sabe V quienes eran las sirenas?

ADELA. Caballero, ¿no teme V. que el encanto de su voz ponga en huida?...

JUAN. ¡Hola! se venga.

ADELA. (*Levantando la caña.*) ¡Ah! un peseado. (*Lo coge.*)

JUAN. (*Con dolor.*) El cielo no es justo: me aplasta V. con sus sarcasmos, y... saca un trucha.

ADELA. Perdone V., es un doradillo; mírelo V.

JUAN. Sí; es un doradillo de la especie mas diminuta. (*Pausa.*) Le habia preguntado á V. si conocia la biografía de las sirenas de que nos habla la fábula.

ADELA. No, caballero.

JUAN. Pues bien, señora ó señorita, porque sigo ignorando...

ADELA. Parece que sabe V. tantas cosas, que bien puede pasar ignorando esta.

JUAN. Es verdad que podria pasar sin... Sin embargo, como complemento de mi educacion, desearia saberlo.

ADELA. ¡Es V. muy curioso!

JUAN. Mucho. A mi edad debe hacerse lo posible por instruirse. Con que ¿se niega V. á decirme?... Pues bien señora ó señorita, las sirenas eran unas criaturas mu seductoras de medio cuerpo para arriba; empezaba muy bien, pero concluian muy mal.

ADELA. Caballero, debo hacer observar á V. que quizá no es conveniente en presencia de una doncella...

JUAN. Ya salí de dudas, y perdone V. la estratagema. Asi pues, señorita...

ADELA. Ha descubierto V. por sorpresa lo que poco le importaba saber.

JUAN. Perdone V.; me importa mucho... ¡Vaya si me importa! Diga V. señorita, ¿pica mucho de ese lado?

ADELA. Mire V., otro pescado.

JUAN. ¿Una anguila?

ADELA. No, una trucha soberbia.

JUAN. ¡Canario! Está V. de suerte. ¡Ah! lo que es ahora por lo menos saco un tiburon.

ADELA. ¿A ver?

JUAN. (*Sacando la caña.*) ¡Uuup!... ¡Ajajá! (*Mirando con avidez.*) ¡Un zapato!

ADELA. (*Riendo.*) ¡Ja, ja! Esa es una clase de pez que no ha descrito Buffon.

JUAN. (*Examinando el zapato.*) ¡Qué bonito es!... ¡Qué finísimo!

ADELA. (*Riendo.*) Vuelva V. otra vez, á ver si saca el compañero.

JUAN. Yo sacaré lo que quiera.

ADELA. Pues vamos á ver si pesca V. una anguila.

JUAN. Vaya si la pescaré.

ADELA. Mire V... (*Sacando otro pez.*) ¿Cómo esta?

JUAN. (*Aparte.*) ¡Otro pescado! (*Alto.*) Por vida de... ¡Ah! no hay que estrañarlo; como V. será de este pais, los peces la conocen, y...

ADELA. ¡Oh! si me conocieran, no se dejarian coger tan fácilmente.

JUAN. Es verdad. Pero vamos, no puedo hacerme cargo..

ADELA. No se enfade V. por eso.

JUAN. No; yo no me enfado... No hago mas que esplicarme... Sepa V. que yo he atraido los peces á ese sitio

echando cebo; de consiguiente ese lado me pertenece.

ADELA. Estoy pronta á cedérselo á V. Ya me voy.

JUAN. Como hombre lo siento, pero como pescador doy á V. las gracias. Voy pues á ocuparlo. (*Arregla sus chismes refunfuñando, y atraviesa el puentecillo.*)

ADELA. No es cosa en que se tarde mucho. (*Hace lo mismo. Ambos se encuentran en el puente y se saludan con la mayor cortesía.*)

JUAN. Señorita, tengo el honor de...

ESCENA III.

JUAN ANTONIO, *en la ribera opuesta.* ADELA, *colocándose en donde estaba Juan Antonio.*

JUAN. (*Aparte.*) Como soy, que es linda esta muchacha... ¡Si no cogiera tantas truchas!... ¡Oh! esto enciende la sangre al que no pesca ninguna.

ADELA. Instalémonos aquí, y veremos si es desgraciado ó torpe. (*Se sienta y se pone á pescar.*)

JUAN. Este sí que es buen sitio. (*Reparando en Adela.*) ¡Toma! ¿Aun está V. aquí?

ADELA. ¡Vaya!

JUAN. Creí que se habia V. marchado.

ADELA. Supongo que no tendrá V. la pretension de monopolizar esta ribera.

JUAN. Ya sé que el agua corre para todo el mundo, y que los peces son... de quien los pesca, ó mejor dicho, del que se los come.

ADELA. Pues entonces este es para mí. (*Sacando uno.*)

JUAN. ¡Una trucha!

ADELA. No, una anguila. Este lado es el de las anguilas.

JUAN. De las anguilas... de las anguilas... ¡De los zapatos!

ADELA. Porque V. no sabe pescar.

JUAN. ¡Cómo que no sé pescar! (*Aparte.*) ¡Me quema la sangre! (*Alto.*) Sepa V. que si á mí se me pone en la mollera, pescaré mas que V.

ADELA. (*Aparte.*) En el plato no digo que no. (*Alto.*) Vaya, vamos á ver; no deseo otra cosa, y le aseguro á V. que no tendré celos.

JUAN. ¡Oh! me es muy fácil; pero delante de V...

ADELA. ¿Teme V. quizá que le adivine su receta?

JUAN. (*Aparte.*) Continúa aplastándome. (*Alto.*) Sí, señorita, y por lo tanto me retiro detrás de ese puente. Allí seré mas feliz sin duda. (*Con galantería.*) Como hombre echaré de menos mi *vis-a-vis*, pero como pescador me voy contento.

ADELA. Yo no le detengo á V., caballero.

JUAN. Hasta mas ver, señorita. (*Aparte, dirigiéndose á la orilla derecha.*) ¡Ya pueden temblar los peces!

ESCENA IV.

ADELA, *levantándose.*

Ya se fué. ¡Pobre jóven! me he estado complaciendo en impacientarle... Y porque, vamos á ver... ¿Por qué?... Porque me siento atormentada, porque necesitaba una víctima, y la he encontrado... además de estas. (*Señalando el cesto en donde tiene los pescados.—Suspirando.*) ¡Ah! ¡qué léjos se halla de mi corazon la alegría que afecto!—«Adela, me dijo anoche mi padre, mañana cumplirás diez y ocho años, y tengo que confiarte un secreto. A las siete entra en mi habitacion, y si no me siento con valor para hablarte, te escribiré.»—¿Qué tendrá que decirme?... En vano busco distracciones para calmar mi impaciencia... La hora nunca acaba de llegar. ¿Si querrá casarme?

JUAN. (*Dentro, figurando que saca un pez.*) ¡Ahhhoisa!

ADELA. Es la voz de aquel jóven. ¿Si habrá hecho ya presa?

JUAN. (*Dentro.*) ¿Qué saldrá? ¡Uuuup!

ADELA. Segun parece, vale la pena.

JUAN. (*Dentro.*) ¡Unos calzones viejos!

ADELA. ¡Já, já!

JUAN. Está visto: hoy no estoy de *filis*. (*Apareciendo en el puente.*)

ADELA. ¡Las siete! Vuelvo á ver á mi padre. (*Arregla de prisa su caña y se marcha por el primer término, á la derecha.*)

ESCENA V.

JUAN ANTONIO, *solo.*

Diga V., señorita... ¡Eh!... Escuche V... Si, échenle un galgo. En fin, como hombre lo siento, pero como pescador maldito lo que me importa. (*Mirando su reloj.*) ¡Cielos! ¿Y mi casamiento? Ya lo olvidaba. ¿Qué diria mi madre? Es preciso que las anguilas no me hagan olvidar á mi futura. (*Arregla los chismes.*) En cuanto á esto de mi futura, bien estudiado tengo mi plan. Me presento en casa del suegro, que debe ser un vejete con peluca rubia y las narices coloradas; me acerco á él, y con un tonillo familiar... ¡Zas! (*Figurando que pega á alguno en el vientre.*) Al vientre. Todos los suegros tienen panza. Mi franqueza le exaspera, como es natural; y entrando en seguida en conversacion, le digo: «Yo soy el que ha de casarse con su hija de V. ¿En dónde está? ¿Es rubia? ¡Ay! ¡me muero por las rubias! ¿Es morena? ¡Uy! ¡me pirro por las morenas!... Que me la traigan... Que me la traigan, pues quiero darla un abrazo.»—Este comportamiento pone en el disparador á mi futuro papá suegro, quien escribe á mi madre que no le convengo, que soy un mal educado, que... Mi madre se desespera tres ó cuatro dias; la consuelo tres ó cuatro meses, hasta que me sale con un nuevo partido. Caigo sobre otro viejo, me ladeo el sombrero, gran cigarrazo en la boca, y vuelta á mi argumento. (*Indicando que pega á alguno en el vientre.*) Otro matrimonio deshecho; y así sucesivamente iré desbaratando quince ó veinte, con gran desesperacion de las bellas y de mi madre, que no acertará á comprender porque un querubin como su hijo... En fin, ya estoy resuelto... En marcha. El pueblo está á dos pasos, y en menos de cinco minutos... Dejo en el agua mi caña, y puede que durante mi ausencia algun cetáceo imprudente... (*Vase por la derecha, primer término.*)

ESCENA VI.

ADELA.

(*Aparece por el fondo y atraviesa el puente.*) No se ha atrevido á hablarme y me ha escrito. Esperimento una inquietud que... ¿Por qué tanto misterio?... No me atrevo á leer esta carta... ¡Dios mio! ¿si vendrá su contenido á cambiar mi dulce existencia? ¡Ah! mejor es no saber... Pero sí, tengamos valor. (*Abre la carta y lee.*) «Mi querida Adela: me veo ya en el deber de revelarte un secreto que hasta aquí no he querido confiarte por-

que eras una niña. Hoy estás en la edad en que se entra en la vida, y yo no puedo tardar en salir de ella. Adela... tú no eres mi hija. «*(Interrumpiéndose.)* ¡Cielos!... ¡No soy su hija! *(Continuando.)* «Eres solamente mi hija adoptiva, y te llamas Adela de Peralta. Tu madre murió al darte la vida, y tu padre, que era mi mejor amigo, te dejó á mi cuidado al exhalar el último suspiro. Como, aparte de tu tia Teresa, soy tu único apoyo, he pensado en casarte...» ¡Casarme!... ¡Abandonar á mi pa... á mi bienhechor!... Pero si él lo exige, ¿cómo desobedecerle? ¡Ah! conozco muy bien su carácter... Es aragonés, y basta... ¡Dios mio! ¡unirse á un hombre á quien no se ama, á quien no se conoce!... ¡Renunciar á una vida tan tranquila, tan apacible! Pero ¿cómo evitarlo? Hé aquí cabalmente la situacion de la pobre Anita, cuya historia leia hace un momento... Sin embargo, yo no la imitaria; no, no. Pero puedo arreglarme de manera que no sea ni ingrata, ni desgraciada. Con cuatro palabras... *(Saca un libro de memorias.)* Se creerá que en un momento de desesperacion, al ver que queria obligarme á contraer este matrimonio, me he arrojado al rio. Entre tanto iré á casa de mi tia Teresa, y dejaremos al tiempo lo demás. Escribamos pues. *(Se sienta á la izquierda y se pone á escribir.)*

ESCENA VII.

JUAN ANTONIO, *en el puente, y* ADELA, *escribiendo.*

JUAN. ¡Ja, ja, ja! El suegro me ha despedido á las primeras de cambio. *(Mirando.)* ¡Hola! allí está aquella jóven. ¿Si estará escribiendo sus memorias?

ADELA. *(Quitándose el sombrero.)* Mi resolucion está tomada; encontrarán mi sombrero... *(Lo deja en el suelo.)*

JUAN. Válgame San Nicodemus. ¡Qué cabellera!

ADELA. Y la pañoleta... *(Se la quita y la deja junto al sombrero.)*

JUAN. ¡Y qué hombros! Lástima de quevedos...

ADELA. *(Poniendo una hoja del librito de memorias junto al sombrero.)* Y cuando lean este papel, no les quedará duda.

JUAN. ¡Demonio! ¡Si se querrá echar al rio esa ninfa del Ter! Voy á consolarla... *(Bajando.)* Señorita...

ADELA. ¡Ay! alguien viene. *(Cubriéndose los hombros con las manos.)*

JUAN. *(Acercándose.)* Diga V., bella pescadora, ¿qué iba V. á hacer?

ADELA. ¿Yo? Nada... Ya se lo esplicaré á V. despues.

JUAN. No, no; antes, espliquémonos antes. Desde el puente lo he visto todo; todo lo he oido, y... Tome V. *(Recoge el papel y la pañoleta.)* Mire V. lo que ha escrito. *(Lee.)* ¡Ahogarse!

ADELA. Deme V. mi pañoleta.

JUAN. *(Continuando sin escucharla.)* ¿Y con qué derecho ha pretendido V. esterminar de ese modo una de las mas bellas obras del Hacedor? ¿Acaso V. se pertenece? Si fuera V. fea; lo comprenderia; pero siendo mas linda que una rosa de mayo...

ADELA. *(Suplicando.)* Mi pañoleta...

JUAN. ¡Ahogarse!... Cuando se tienen unos hombros que dan envidia á la nieve... *(Le pone él mismo la pañoleta.)*

ADELA. ¡Ah, cahallero! ¡Soy muy desgraciada!

JUAN. Eso no es verdad. Perdone V., queria decir que no puede ser. V. es jóven, lo veo muy bien; linda, se lo acabo de decir; tiene talento, bastante lo he notado; no echa V. una vez el anzuelo que no pique... Con todo eso no es posible ser desgraciada.

ADELA. Ruego á V. que nada me pregunte. V. me parece bueno y honrado; pero si supiera á qué tormentos me veo condenada... En primer lugar, quieren casarme.

JUAN. ¿Con alguno á quien V. no ama? Comprendo.

ADELA. Sí, cahallero.

JUAN. Al paso que V. preferiria unirse al que ama. Esto es natural.

ADELA. No; no amo á nadie.

JUAN. ¿De veras? *(Aparte.)* ¡Y es encantadora esta muchacha! *(Alto.)* Pues si tanto le asusta á V. ese casamiento, haga como yo; permanezca V. soltera. Es decir, niéguese V. á tomar estado.

ADELA. No puedo desobedecer.

JUAN. Pues mire V.: mi madre quiere tambien casarme, y yo, sin desobedecerla, continuaré en el feliz estado de merecer.

ADELA. ¿De qué modo?

JUAN. Ahí verá V. Me compongo de manera que llego á disgustar á los que han de ser mis suegros, y cuando ni así logro mi objeto, me dedico á desagradar á las muchachas mismas.

ADELA. *(Vivamente.)* ¿Y cómo se compone V.?

JUAN. *(Aparte.)* ¡Qué cándida es!... ¡Y qué bonita! *(Alto.)* ¿Que cómo me compongo? ¡Toma! Supongamos que V. es mi futura... Esto es solo una suposicion. Me parece que hace un instante, cuando estábamos pescando, le he desagradado á V... Un poquillo no mas.

ADELA. Nada de eso, caballero; yo soy quien le ha incomodado á V.

JUAN. ¡Ca, señorita!... ¡Ca!... Como hombre nunca, solo como pescador... En fin, olvidémoslo todo, y siga V. mi consejo. Desagrade V., desagrade V... Será algo difícil; pero con buena voluntad todo se alcanza. Aquí finja V. sorpresa, allá indignacion; á santo de todo eche V. mano de un ataque de nervios; quéjese V. á menudo de la fatalidad, y verá V. como con tan buenos elementos no tardarán en decirle en la cara que no la pueden tragar.

ADELA. ¿Y es así como V. se arregla?

JUAN. Ni mas ni menos, desde hace dos años que á mi madre le ha dado la hidrofobia de ser abuela. Sin ir mas léjos, esta mañana mismo se trataba de casorio, y... Mire V., señorita, cuando venga su suegro, así como quien no hace la cosa, ensártele V. la peluca con el anzuelo de su caña... Todos los suegros gastan peluca.

ADELA. Pero, diga V., aunque sea curiosidad...

JUAN. Puede ser; pero hable V.

ADELA. ¿Por qué aborrece V. el matrimonio?

JUAN. ¡Ah! yo le diré á V... Porque deliro por el campo, por las flores, la verdura...

ADELA. ¡Como yo!

JUAN. La caza, la pesca...

ADELA. ¡Como yo!

JUAN. Y aunque soy rico, de buena familia y con un apellido sin tacha, no me gusta vivir en las ciudades, en donde naturalmente desearia brillar la esposa que yo eligiera.

ADELA. Lo mismo me pasa á mí. El esposo que me darian, me obligaria á abandonar á los que me rodean, y me alejaria de esta campiña que tanto me gusta y que me ha visto nacer.

JUAN. ¡Mire V. qué simpatía tan casual! *(Aparte.)* Parece

que hemos nacido el uno para el otro. (*Alto.*) Pero oiga V., aunque quizá le pareceré indiscreto...

ADELA. Puede ser; pero hable V.

JUAN. ¿Cómo se llama V.?

ADELA. Me llamo Adela...

JUAN. ¡Eh!

ADELA. Adela de Peralta.

JUAN. (*Aparte.*) No es esta. Lástima, porque media naranja mas ajustada...

ADELA. ¿Qué dice V.?

JUAN. Nada, nada. (*Aparte.*) Si mi madre quisiera casarme alguna vez con una muchacha como esta...

ADELA. ¿Qué está V. hablando ahí solo?

JUAN. Digo, señorita, que en primer lugar me ha de prometer V. renunciar á sus proyectos de... (*Figura que se echa de cabeza al agua.*)

ADELA. Se lo prometo.

JUAN. Que volverá V. á su casa, para que no estén con cuidado, y que si realmente no ama V. á nadie...

ADELA. Dije á V. la verdad... hace un instante.

JUAN. ¡Hace un instante! (*Aparte.*) ¡Cielos! (*Alto.*) ¿Y ahora?

ADELA. ¡Oh caballero, es V. demasiado curioso... Voy á poner en práctica sus consejos. Disgustaré á mi pretendiente, á quien detesto, haré por parecerle tosca, torpe, horrorosa...

JUAN. Eso le será á V. imposible; pero pruébelo, y ya me dirá si lo ha conseguido V. Aquí la aguardo, y entretanto voy á ver si pesco...

ADELA. ¿Otro zapato?

JUAN. ¡Picaruela! (*Vase Adela.*)

ESCENA VIII.

JUAN ANTONIO, *solo, quedándose un rato como encantado, y mirando por donde se fué Adela.*

¡Qué muchacha mas deliciosa! Es singular... Oigo á mi alrededor ó aquí dentro, no sé á punto fijo, una especie de tic-tac, tic-tac... Sin embargo, no hay por aquí ningun molino, que yo sepa... ¿Si habré caido en el anzuelo? Palabra de honor, esa chicuela me ha... Vaya, es de lo que no hay... De Peralta... De Peralta... Mi madre debe conocer á esta familia, y quizá... Esta mañana tenia tan mala opinion formada del matrimonio, y hé-me aquí que... Esa chica me ha hecho tilin.

ESCENA IX.

ADELA *y* JUAN ANTONIO.

ADELA. (*Saldrá corriendo por el fondo y atraviesa el puente.*) ¡Victoria! ¡victoria!

JUAN. ¿Ha disgustado V. á su futuro?

ADELA. Algo mejor que eso; mi futuro ha disgustado á mi padre, y ha sido desahuciado.

JUAN. ¡Cómo!

ADELA. Mi padre se estaba disponiendo para ir á pescar...

JUAN. ¿A pescar?

ADELA. Sí, es tambien un intrépido pescador. Pues señor, iba á salir, como le digo á V., cuando se le presenta una especie de zopenco, sin educacion, con unas maneras...

JUAN. (*Aparte.*) Pues es singular.

ADELA. Y permitiéndose unas familiaridades...

JUAN. (*Aparte.*) ¡Ay, Dios mio!

ADELA. Mi padre, como era consiguiente, le ha plantado de patitas en la calle. Por ahora, me veo libre de ese moscon, y si se presenta otro, ya sabré componerme, valiéndome por supuesto de los consejos de V. Ya puede venir el señor Miranda proponiéndome maridos, que á todos les desafío.

JUAN. ¿El senor Miranda ha dicho V.?

ADELA. Justo.

JUAN. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! Entendámonos: V. se llama Adela de Peralta, y dice V. que su padre...

ADELA. Esa es precisamente la causa de mi desesperacion. Hasta hoy no he sabido que el señor Miranda no era mi padre; pero como me ama como si fuera su hija, él solo puede disponer de mi mano.

JUAN. (*Aparte paseándose muy agitado.*) ¡El solo!... ¡Y yo que le he!... (*Figurando que da á alguno en el vientre.*)

ADELA. ¿Qué tiene V.?

JUAN. (*Aparte.*) ¡Y le he echado bocanadas de humo en las narices!

ADELA. ¿Qué significa?...

JUAN. (*Aparte.*) ¡Y ya me disponia á cogerle la peluca con un anzuelo!

ADELA. (*Aparte.*) ¿Qué le pasará?

JUAN. Está visto; esta muchacha y yo somos el uno para el otro... Cortados por una misma tijera.

ADELA. Maldito si comprendo...

JUAN. Ni podrá V. comprender lo que pasa aquí dentro. (*Señalando el corazon.*) Pues ¿y aquí? (*Señalando la cabeza.*) ¡Un Etna!... ¡un Vesubio! (*Cón énfasis.*) Si:

Un volcan, un Etna hecho,
quisiera arrancar del pecho...

ADELA. ¡Me asusta V.!

JUAN. ¿De manera que el señor Miranda ha despedido al insolente?

ADELA. Por fuerza; si era un mostrenco...

JUAN. (*Aparte.*) Gracias. (*Alto.*) ¿Así es que se vé libre de este... mostrenco?

ADELA. (*Con alegría.*) Sí, caballero, yo soy libre... Parece que no le hace á V. mucha gracia.

JUAN. ¡Ca! si estoy alegre, muy alegre... Quiero que V. comprenda el gozo que esperimento. La casualidad me ha hecho encontrar una mujer tal como yo la habia imaginado en mis sueños; una pescadora de caña, lo que no deja de ser raro entre el sexo femenino, sobre todo... de caña. Ya ve V. que estoy de suerte, porque yo amo á esa mujer, la adoro, la... Tengo esperanzas de no desagradarla... Con solo estender mi mano, puedo alcanzar la suya... (*Hincando la rodilla.*) En fin, futura mia... Me permite V. que le dé este nombre?

ADELA. (*Aparte.*) ¡Dios mio! ¡este hombre está loco!

JUAN. ¡Y yo que he despreciado tantos encantos!... Me he hecho indigno de él... de tí... de V... de mí. Sepa V. que el... mostrenco, á quien ha despedido el señor de Miranda, el imbécil de quien se ha libertado V... ¡soy yo!

ADELA. ¡Será posible!

JUAN. Sí, Adela... (*Trata de quitarse el gabau.*) No me queda otro partido que tomar.

ADELA. ¿Qué hace V.?

JUAN. Nada que pueda alarmar su pudor.

ADELA. ¡Dios mio! ¿qué arrebato le ha dado á V.?

JUAN. Si, un arrebato, esta es la palabra. ¡Seis piés de agua, y nado como un plomo!... Con que... Un pescador de corazon debe morir en su elemento. (*Quiere echarse al rio.*)

ADELA. Deténgase V.

JUAN. No; déjeme V. Es agua dulce.
ADELA. ¿Y su pobre madre?
JUAN. ¡Mi madre!... Es verdad, la habia olvidado.
ADELA. ¿Y yo?
JUAN. Ha dicho: «¿Y yo?» ¡Oh! habla, criatura celestial, habla. Tú me vuelves á la vida... ¿Quieres que te deba mi felicidad?
ADELA. Con qué ¿me ama V.?
JUAN. Mas que mi vida, que me hallaba dispuesto á sacrificar por V.; mas que la pesca, que por V. abandono. Mire V.: coloque V. aquí su mano... (*Pone la mano de Adela sobre su corazon.*) Tiquitic... Tiquitac... ¡Lo menos ciento treinta pulsaciones por minuto!... Tren de gran velocidad. (*Repentinamente.*) Vamos en busca de tu padre.
ADELA. ¡Ah! V. no le conoce... ¡Es aragonés!
JUAN. ¿Es decir, testarudo?
ADELA. Ni querrá siquiera oir hablar de V.
JUAN. Pues vuelvo á ahogarme.
ADELA. ¡Oh! no...
JUAN. ¡Ah! ¡qué idea! Déjate robar, ninfa del Ter.
ADELA. ¡Caballero!
JUAN. La llevaré á V. con mi madre... V. le agrada. Ella vendrá á hablar con el papá, se lo esplicará todo, y el viejo, aunque aragonés, se enternecerá, y... En seguida á la vicaría.
ADELA. ¿Cree V. que?...
JUAN. ¡Vaya! Ven, hija mia, ven. (*Queriendo llevársela hácia el puente.*)
ADELA. No, caballero. Mi deber me obliga á permanecer aquí, y el de V. no es otro que el de volverse á su casa.
JUAN. ¿Es esa su última resolucion?... Pues bien, yo no la dejo á V., ó mejor dicho, vuelvo en busca del señor Miranda. Si me echa á la calle, me arrastraré desesperado bajo sus balcones; si es preciso, permaneceré allí quince dias y otras tantas noches hasta obtener mi perdon.
ADELA. Pero...
JUAN. No hay pero que valga. Voy á ver el papá.
ADELA. Es inútil.
JUAN. ¿Por qué?
ADELA. Porque está allí.
JUAN. ¿Dónde?
ADELA. En aquel ribazo, con su caña en la mano.
JUAN. Pues voy á hablarle. (*Se dirige al puente.*)
ADELA. No, no se acerque V. No le gústa la conversacion mientras está pescando.
JUAN. Lo mismo que á mí; pero no importa: me arriesgo. ¡Ah! ya sé el modo de agradarle. (*Gritando.*) ¡Ah del pescador!
ADELA. Llámele V. más respetuosamente.
JUAN. Entre nosotros los marinos, así lo hacemos. (*Gritando.*) ¡Oh! ¡eh!
UNA VOZ. (*Desde léjos.*) ¡Oh! ¡eh!
JUAN. ¿Ves, clavel disciplinado?... Ya ha respondido. (*Subiéndose en el puente.*) Señor de Miranda, tengo el honor de pedir á V. la mano de la señorita Adela.
LA VOZ. Déjeme V. en paz. Me hallo á punto de atrapar una trucha, y...
ADELA. ¿Vé V.? Va V. mal.
JUAN. (*Bajo á Adela.*) ¡Ca! no lo crea V. Tengo mi plan; pero ayúdeme V. (*Alto.*) Señor de Miranda, no cogerá V. su trucha si me rehusa la mano de Adela.
LA VOZ. Pescaré la trucha, y se quedará V. sin mi hija.
JUAN. (*Bajo á Adela.*) Pero, ayúdeme V. Aquí, mas cerquita. ¡Ajajá! (*Alto.*) Señor de Miranda, hay seis piés de agua, ni uno ni otro sabemos nadar, con que... ¡Vamos á ahogarnos!
LA VOZ. ¡No me importa un comino!
JUAN. Comprendo que no le importe; pero el ruido de nuestra caida espantará la trucha que desea V. atrapar.
LA VOZ. ¡Deteneos!
JUAN. ¿Consiente V.?
LA VOZ. Casaos enhorabuena; pero no me espanteis la pesca.
JUAN. ¿Lo ves?... ¡Ya sabia yo que cederia ese Masaniello! ¡Con que en fin soy tu esposo!... ¡Y tú eres mi Adela!... (*Abrazándola.*) ¡Ah! ¡y cómo pescaremos juntos en adelante!... ¿Eh?.. (*Aparte.*) Pero no con caña.
Ahora, Adela, nos falta...
ADELA. ¿Qué? (*Juan le habla al oido.*) No me atrevo...
JUAN. No he nacido cobarde,
mas ¡soy tan feo! (*Instándola.*)
ADELA. (*Al público.*) La empresa es árdua,
mas se os pide tan poco...
¡Una palmada!

FIN.